

**I ENCUENTRO CENTROAMERICANO
ACERCA DE LAS MASCULINIDADES
21, 22 Y 23 Noviembre 2001
San José, Costa Rica**

PONENCIA “MASCULINIDAD EN EL NUEVO MILENIO”

José Manuel Salas Calvo
Alvaro Campos Guadamúz

INTRODUCCIÓN

Si bien desde el punto de vista ontológico, la masculinidad, por lo menos en Occidente y en la historia, puede ser ubicada con el patriarcado mismo, sin perjuicio de algunos reajustes que haya podido sufrir, no se puede decir lo mismo si la analizamos desde la perspectiva epistemológica: la masculinidad no es objeto de estudio sino hasta hace muy poco.

Esta llegada tardía, como objeto de estudio o de preocupación de la masculinidad, se ubica no solo en el ámbito científico sino también en el de la vida cotidiana de hombres y mujeres, pero sobre todo de los primeros. Conocer o, al menos preguntarse, cómo y por qué son como son los hombres no es una cuestión de la agenda de éstos. Estas interrogantes se remontan recién a las últimas décadas y, poco a poco, va ocupando espacios en los temas de indagación de personas y organizaciones, tanto del estado como no gubernamentales.

Retomando la idea inicial, vemos como, cada vez con mayor frecuencia, una mayor preocupación en torno a qué sucede con los hombres, lo cual nos lleva a abordar la masculinidad, desde sectores que tradicionalmente vienen trabajando con las mujeres y, por implicación, intentan o plantean la necesidad de hacerlo con varones hasta sectores que per se lo hacen con varones. Estos últimos, sin descuidar los otros, intentan asumir a los hombres y a la masculinidad como ejes de sus tareas.

Es necesario resaltar este fenómeno y procurar su afianzamiento en hombres y en mujeres.

Sin menoscabo de la importancia que se le debe dar a este fenómeno social, es menester tomar cuidado acerca de que ello no sea solo una moda o exquisitez académica, que puede perderse en las alturas del olimpo racional o bien justificar ingresos y estatus. Sobre el agotamiento de ciertos temas, cuyo soporte es en muchos casos serio y comprometido, habrán otros y otras que con facilidad se cambian a donde está el apoyo institucional y financiero. De pronto como aparecen, desaparecen los especialistas.

Consideramos que trabajar la temática de la masculinidad requiere ante todo de un compromiso ético, ideológico y político, ya que la construcción de una nueva masculinidad, conlleva un esfuerzo y tarea que menoscaba las raíces mismas de las estructuras de poder patriarcales. De ahí que es una

tarea que debe asumirse, tanto como intelectuales orgánicos (Gramsci, 19XX) como militantes de frentes de trabajo de base.

Este documento enfatiza en el trabajo con varones, aunque, como se intentará mostrar, la masculinidad no es solo un asunto de hombres, justo porque la concepción que manejamos la hace estar muy asociada con el concepto de género. Éste alude a prescripciones sociales que imponen la asunción de ciertos lugares, ya sea porque seamos machos o hembras de la especie; sobre la base del sexo, se apuntala la construcción social del género.

En aras de facilitar la **exposición**, la centraremos en torno a varias preguntas que la guiarán, esperando una mayor comprensión:

QUÉ ES EL GÉNERO Y LA MASCULINIDAD? NUESTRA POSICIÓN
CUÁL ES SU RELACIÓN CON LA IDENTIDAD?
CUÁLES SON SUS IMPLICACIONES?
ES IMPORTANTE ABORDARLA? ¿QUÉ PASA CON ELLA EN EL NUEVO
MILENIO?

Aun cuando este será un punto que se desarrollará más adelante, creemos oportuno hacer una breve referencia acerca del por qué este evento. Ello nos lleva, inevitablemente, al tema de la necesidad de saber cómo somos y cuáles son las bases sociohistóricas para llegar donde estamos. Antes de las preguntas directas en torno a la masculinidad, cualquiera podría preguntarse, con mucho de razón, si no hay otros temas de mayor interés para el área. Es probable que ello sea así, pero también es probable que preguntándonos acerca de la masculinidad, ensayemos respuestas que toquen otros elementos de nuestra realidad social, desde otra perspectiva y con otros ojos.

Tal y como intentaremos mostrar en esta exposición, el tema de la masculinidad ha estado invisibilizado en muchas partes del mundo y nuestra región no escapa de esa condición. Sobre esa base, creemos que abordándola podemos acceder, al menos, a tres situaciones de interés general.

La primera es acceder a la masculinidad como apoyo al trabajo que, en diferentes campos y de manera sistemática, vienen haciendo las mujeres. La segunda es trabajar masculinidad por necesidad y desde los hombres mismos, en diálogos propios que permitan redescubrir mucho de lo que éstos viven, pero que no lo asocian con la condición del género masculino y sus derivaciones o consecuencias. La tercera es evaluar la opción de hacer trabajo conjunto en una serie de problemáticas que, en nuestro criterio, podría tener una mejor evolución si se enfrentan desde los dos frentes: el de las mujeres y el de los hombres. A lo largo de la exposición, intentaremos argumentar para las tres opciones mencionadas.

Y si para los hombres, en forma particular, las preguntas acerca de su ser les son “extrañas”, consideramos que es conveniente un primer paso hacia saber cómo estamos haciendo con ellas en el área de Centroamérica, con las cosas que nos hacen similares y con las cosas que nos hacen diferentes. Es probable que esto último sea la esencia del por qué estamos aquí reunidos.

CAPÍTULO I

QUÉ ES LA MASCULINIDAD? SU RELACIÓN CON EL GÉNERO. NUESTRA FORMA DE ASUMIRLA.

Como punto inicial, haremos un corto repaso histórico acerca de su génesis y desarrollos posteriores, partiendo del supuesto de que se trata de una temática conocida y manejada.

Es imperativo referirse a que para aludir a masculinidad hay que hacerlo a la categoría “género”, por lo menos desde la concepción que al respecto tenemos, por cuanto partimos del supuesto de que es imposible referirse a la primera sin hacerlo a la segunda. Además de esta raíz conceptual, la temática de la masculinidad, históricamente está asociada en su génesis con los movimientos feministas europeos y estadounidenses; es en éstos donde se dan las primeras acciones de hombres y mujeres preocupados de qué sucede con ellos. Esto hizo que, entonces, la masculinidad como concepto y como acción, estuviera impregnada de los cuestionamientos feministas acerca de las mujeres y poco en los varones.

Así, la masculinidad, en principio era vista desde el feminismo, por mujeres y por hombres solidarizados con las luchas de aquéllas –asociadas con violencia doméstica y derechos de las mujeres -, que luego deriva a otros puntos de interés, desde perspectivas no divorciadas del todo del trabajo de las mujeres, pero sí con autonomía respecto de éste.

Así, la masculinidad transita desde grupos particulares interesados en la situación de las mujeres que derivan a la preocupación acerca de qué sucede con los varones: desde la solidaridad con las mujeres hasta la preocupación por los hombres mismos, en su calidad de tales (Olavarría, 1997. Es a mediados de la década de los 70 que aparecen, en Estados Unidos, los primeros grupos de estudios sobre hombres y masculinidad.

Aunque de manera más reciente, en nuestro país sucede algo similar. Se inicia su estudio y trabajo desde principios de la década de los 90, en relación con estudios acerca de la violencia doméstica, aunque no con hombres ofensores, sino con hombres de la población general (Rodríguez y Salas, 1991). Luego ha venido derivando a otros aspectos, tanto en apoyo a la labor de grupos de mujeres como por los hombres mismos y sus vicisitudes, aspecto en el que se profundizará más adelante.

En nuestro criterio, esta masculinidad deberá entenderse en el contexto del PATRIARCADO, por las implicaciones que tiene sobre la vida privada y pública de hombres y mujeres:

- a) la obligación de procrear hijos legítimos sobre la base del control político del cuerpo y sexualidad de las mujeres (Sagrera, 197x), mediante la creación y surgimiento de instituciones de control social (matrimonio, maternidad, virginidad, heterosexualidad obligatoria, monogamia para la mujer, etc.)
- b) el establecimiento de las estructuras de clase, económicas y políticas en manos de los hombres (Engels, 1973), y
- c) la guerra como institución masculina patriarcal (Lerner, 19xx)

Todo ello va conformando las bases del llamado “universo masculino”. De hecho, la postura de promover y soportar esta masculinidad es parte de los mecanismos del patriarcado para sostenerse en sus presupuestos de dominio y control sobre la vida de las personas y la naturaleza.

Por ello, es fácil entender las estructuras del poder masculino, las cuales se interiorizan en nuestra personalidad, por medio de sutiles y efectivos mecanismos de socialización primaria y secundaria. Por eso, los actos violentos, muy promovidos en la socialización masculina y femenina, para que los desplieguen sobre todo los hombres, son una expresión ritual de las relaciones de poder, que el patriarcado impone a hombres y mujeres.

Es en esta línea de pensamiento, que podemos comprender el análisis de Kauffman (1989), en torno a la llamada “Tríada de la violencia masculina”:

Violencia contra otros hombres

Violencia contra las mujeres y otras poblaciones asumidas como débiles

Violencia contra sí mismo

Esta tríada se desarrolla y, a la vez, fundamenta aquellas sociedades basadas en la dominación y el control, típicamente patriarcales. A su propuesta, le agregamos un cuarto componente: la violencia contra la naturaleza, con la cual se repiten y acentúan las otras tres, en virtud de que con ellas se pone en juego la existencia misma de la especie humana y de la vida en el planeta.

Justo aquí, en nuestro criterio, masculinidad se topa nuevamente con las implicaciones de la condición de género. Según Connel (1997) éste supone tres dimensiones, íntimamente ligadas entre sí:

- a) Relaciones de poder: subordinación general de las mujeres y dominación de los hombres
- b) Relaciones de producción: dándole relevancia no solo a la división del trabajo por género sino también a sus consecuencias (discriminación de la mujer en los niveles económico, laboral, político, etc.).
- c) Cathexis: asociado con el deseo sexual, incluido en una trama social.

No obstante, para operar con la categoría masculinidad, junto con las teorías del género sensitivo y del poder, se requiere acudir a otras fuentes teóricas, que complementen el análisis y la acción correspondientes.

Creemos necesario recurrir a otras fuentes teóricas, las cuales, de acuerdo con nuestra propia experiencia y de manera sintetizada, podríamos ubicarlas como las provenientes de: líneas psicodinámicas, del materialismo histórico dialéctico, del conductismo cognitivo, de la antropología comparada, entre otras (más adelante se hará referencia a distintas tendencias dentro de la masculinidad, ocasión que permitirá ahondar en el tema en cuestión). Varias de ellas no trabajan con género, pero algunos de sus postulados son valiosos, más allá de si se comparten o no todas sus tesis.

De entre todas ellas y sus aportes más puntuales, consideramos de vital relevancia aquellos que abordan o consideran los aspectos subjetivos e intersubjetivos en el trabajo con género y, de manera

particular, con masculinidad. Creemos que categorías como mundo interno, imaginario social, mundo subjetivo, entre otras, son imprescindibles para acceder a la comprensión de la masculinidad y su papel en el todo social. Esto mismo ocurre para abordar algunas manifestaciones de la masculinidad, las cuales serán tratadas en apartados posteriores.

El género es, pues, una construcción histórica, que muestra como se dividieron arbitrariamente conductas, pensamientos, roles sociales, etc.; de hecho, las distintas acepciones que, en la mayoría de otros ámbitos, asume el concepto aluden a clasificar (cosas, procesos o personas). Esta es la esencia y gran aporte de la categoría género: se trata de un gran pastel que dividió al mundo (conductas, pensamientos y sentimientos) en dos: los llamó masculino y femenino y definió que los machos de la especie se harían cargo de una parte, a eso se le llamó masculinidad. Un proceso similar corre con las hembras de la especie y la feminidad. Tal división obedeció a necesidades de orden económico, político e ideológico propias del surgimiento del patriarcado, sobre todo procurando ejercer un mayor control sobre la vida de las personas.

Estamos, entonces, frente a una convención, una arbitrariedad y una imposición, propia de los grupos sociales y de los momentos históricos. Una vez más, por otras razones, se dividió a la humanidad, en este caso en dos grandes grupos, los que hasta hace poco, parecían irreconciliables, pese a su convivencia.

Se trata de una división, además, arbitraria, rígida y maniquea (olvidando incluso los componentes endocrinos). Pero, también, la conformación de ambos géneros implica que, para que actúen eficazmente, debe ser una construcción complementaria: la masculinidad como está construida requiere de una feminidad que la soporte (aguante y sostenga); lo mismo a la inversa. Por ejemplo, a una masculinidad que debe ser atrevida, debe aparejarse con una feminidad a la espera. (cita de San Agustín) Tenemos la imagen casi arquetípica de “La bella durmiente”: la mujer duerme, a la espera de que llegue el hombre y como por arte de magia, con solo besarla, se despierta luego de 100 años de dormir; imagen que quizá por su mecanismo de ser un cuento infantil ha sido desprovista de toda relación con la sexualidad.

De acuerdo con lo anterior, al hablar de los hombres, la mayoría de la referencia deberá hacerse a la masculinidad; más no son lo mismo. La masculinidad, con todos sus mandatos, creó un mundo de relaciones más achicado y asumido por los hombres y de ahí que ciertas cosas de la realidad social las deberían hacer las personas con pene y testículos (lo machos), a eso se le llamó “masculinidad”. A la contraparte, se le denominó “feminidad” (las hembras).

Es un asunto convencional, que se puede observar en la diversidad de ordenamientos culturales que definen lo masculino y lo femenino para sus propias realidades; incluso, aún en un mismo grupo, esas definiciones cambian con el tiempo.

Por ello, hablar de masculinidad lleva, necesariamente, a referirnos a feminidad. Género no es lo mismo que condición de las mujeres. En muchos casos, se escucha de programas con visión de género, cuando en realidad es programas con participación de mujeres (con muy poco de género).

Masculinidad no es lo mismo que la condición de los hombres, en cuanto constitución biológica pero sí en cuanto a constitución social e histórica. Se refiere a mucho de los que los conforma. Macho no es lo mismo que masculino y hembra de la especie humana no es lo mismo que femenino.

Parafraseando a Simone de Beauvoire, no nacemos hombres, nos hacemos hombres, socialmente. En esto intervienen las diversas instancias socializadoras en la vida de la persona, desde antes de nacer. Por tales razones, postulamos que el género masculino en los hombres es una cuestión de la alta probabilidad; el que se reparta el pastel, sobre todo, con base en el sexo, hace que un macho de la especie adquiera, aprenda, incorpore el género masculino con más probabilidad que una hembra de la especie. La situación contraria también es fácil de entender.

Por eso, la masculinidad es un constructo más asociado con los hombres, no obstante, con él también se trabaja con las mujeres.

La masculinidad alude a una manera, sobre todo en los hombres, de vivir la sexualidad, la afectividad, el trabajo, la vida diaria, entre otros, de cumplir con roles sociales y sexuales y, además, a un símbolo de jerarquías sociales en el cual los varones ejercen poder sobre otros hombres, los niños y las mujeres. Por eso, podemos afirmar que se asocia la masculinidad con el poder y con la autoridad (ver definición de Connell, 1997, pag. 35).

Es por lo anterior, que la identidad masculina se caracteriza por la reafirmación permanente de su poder y de la demarcación de los límites de su masculinidad. Nada ni nadie debe poner en duda tal condición.

Gilmore (19XX) plantea que la masculinidad es la forma aprobada de ser varón en una sociedad determinada. Se impone un ideal cultural y los hombres deben adecuarse a él. La masculinidad verdadera requiere dramáticas pruebas. Es un desafío, un premio a ser ganado. Destaca, como encargos asignados a los hombres y comunes en diversas culturas, el fecundar, proveer y proteger, con sus consecuentes emblemas masculinos: autosuficiencia económica, proveer, proteger (esto incluye el coraje físico, enfrentar peligros). Para ello debe evitar que se le note el miedo, el temor de ser humillado delante de otros hombres (el hombre imaginario o "el otro" mejor que yo).

Lo anterior nos permite decir que la masculinidad requiere, entre otras pero de manera preeminente, de una "validación homosocial": se construye de manera permanente bajo el escrutinio de los otros varones, bajo la mirada omnipresente de otros. Ellos conceden la aceptación en el reino de la virilidad. Se demuestra la hombría para la aprobación de otros hombres. Son ellos quienes evalúan el desempeño. Por tal motivo es tan importante alardear las conquistas para competir, en muchos terrenos. Compiten por los indicadores de la virilidad: riqueza, poder, posición social, mujeres atractivas. La virilidad la entendemos como construcción social, histórica y cultural. (Kimmel, 1997).

La necesidad de probar la virilidad y de obtener validación homosocial, coloca a la masculinidad en un ritual permanente, caracterizado a grandes rasgos por Brannon (citado por Kimmel, 1997) de la siguiente manera:

- Nada con asuntos de mujeres: la masculinidad es el repudio implacable de lo femenino
- Sea el timón principal: la masculinidad se mide por el poder, el éxito, la riqueza y la posición social.
- Sea fuerte como un roble: la masculinidad depende de permanecer calmado y confiable en una crisis, con las emociones bajo control, no se muestran emociones.

- Mándelos al infierno: arriesgarse y ser agresivo

Esta prueba permanente obliga a los hombres concretos a demostrar su virilidad en su vida cotidiana y en los diversos ámbitos en que se mueven. En el ámbito sexual, el encargo se concretiza así:

- Siempre listo para tener sexo
- Siempre con el pene erecto, que “funciona” siempre
- Siempre durando mucho para eyacular
- Siempre dando satisfacción sexual a las mujeres (como nadie lo hace)

La necesidad de poseer, mostrar y sostener el falo como estandarte, símbolo y significante de la masculinidad (Monick, 1994) funciona como elemento estructurante de la psique masculina.

En otros ámbitos, el encargo se expresa mediante las siguientes premisas:

- Nunca rechazado o traicionado por una mujer
- Exitoso en el trabajo
- Exitoso en lo económico
- Con parejas que lo admiren, obedezcan y cuiden
- Mediante el desafío permanente del peligro
- Mediante conductas de descuido personal
- Mediante la negación maniaca de los procesos de duelo

Masculinidad como proceso de socialización

Los discursos que contienen los guiones y normas de conducta son internalizados, sobre todo, en la primera infancia en el marco de relaciones intensamente cargadas de afecto y definen la manera en que cada persona es percibida y tratada por los demás. Así, cómo nos vemos a nosotros mismos, cómo nos relacionamos con los demás y cómo nos tratan los otros, está filtrado y marcado por la adscripción de género.

Cada sujeto repite, obligatoriamente, las normas culturales que definen la manera de ser, actuar y sentir prescritas para cada sexo. El sujeto actualiza definiciones preexistentes y socialmente producidas, que a su vez, cobran realidad al ser practicadas. A la vez, el género define aquello que “no debe ni puede ser”; en el caso de los hombres, sobre todo, es un repudio a lo que no se debe ser. La masculinidad, se funda en la exclusión de todo lo femenino y todo lo que no parezca de los hombres. Dónde un varón pierde su condición de tal, es una interrogante que acompaña al hombre en forma permanente, en virtud de lo tenues y frágiles que resultan ser esas definiciones, sobre todo para los varones.

Como ya anotamos, las representaciones de la identidad de género empiezan a ser internalizadas con las vivencias más tempranas de la niñez; tales representaciones son el núcleo básico a partir del cual la persona atribuye sentido a sus experiencias cotidianas.

Con Berger y Luckmann (1976), sabemos que esta socialización primaria está impregnada por elementos afectivos, con lo que se aprende sobre todo por esa vía y no solo por la racional o cognitiva. Por eso su alcance en la biografía de las personas y los grupos es tan amplia y determinante, en virtud de lo enraizadas que quedan las experiencias en la subjetividad de las personas, de las cuales no todas quedan grabadas en la conciencia.

Paradójicamente, los principales mensajes de la masculinidad transmitidos durante la socialización primaria se relacionan con el control de las emociones y también con el desarrollo de la fuerza física y la sexualidad, que preferiblemente no deben asociarse con componentes afectivos. Tiene que demostrar valentía y control emocional. Los niños son entrenados para que desarrollen el lado activo (valentía, agresión, competitividad) y repriman las tendencias “pasivas y emocionales”, que no pertenecen a sus códigos como hombres.

Pero, la “instrucción” de la masculinidad continúa, acorde con los procedimientos de la socialización secundaria. En ésta, intervienen las demás instancias que el grupo social ha previsto para tales fines. Éstas actúan sobre un sujeto que ya tiene un núcleo de identidad constituido y, en esta nueva etapa, se procura, sobre todo, el aprendizaje de roles sociales, necesarios para consolidar los procesos de incorporación al grupo social correspondiente.

Género, masculinidad, roles y conceptos asociados

Como ya indicamos y según la discusión incluida, es necesario trabajar con otras teorías o conceptos, además del de “género”.

En el medio de esta discusión, es necesario indicar que género, y por ende masculinidad, no es solo un asunto relacionado con los roles sociales, típica preocupación de la psicología social y la sociología norteamericanas que, en nuestro criterio, impregnaron algunas de las acciones y propuestas feministas iniciales y sus desarrollos posteriores. Según nuestro entender, si esto fuera solo un asunto de roles, la solución de muchas situaciones sería mucho más fácil de lograr. El problema estriba en que, precisamente, por no ser así, la complejidad de la dinámica social es difícil de comprender y, sobre todo, de modificar.

Por otro lado, el género o, con más precisión, la teoría del género ha enfatizado en el nivel o dimensión cognitiva de los procesos sociales, lo que creemos es herencia también de la Psicología de los Estados Unidos y de ciertos sectores de Europa. En nuestro criterio, deben incluirse además otros aspectos, entre ellos, lo subjetivo y lo intersubjetivo, tal y como lo hemos venido planteando.

De esta forma, el mundo interno es fundamental cuando se trabaja con hombres (y con mujeres), siendo tan importante el mundo “real” como el interno, el imaginario. De hecho, siguiendo a Berger y Luckmann (1976), tal y como lo indicamos, mucho de la socialización se aprende e introyecta de manera muy sólida justo porque el proceso se ha dado sobre todo por la vía afectiva o, al menos, es con este clima con el que el aprendizaje se produce, sobre todo en las etapas tempranas.

Es útil referirnos al concepto de mundo interno como el conjunto de ansiedades y fantasías, en su mayoría inconscientes, a partir de las cuales el sujeto se vincula con el mundo circundante. El

mundo interno supone los objetos de la vida afectiva que el sujeto ha ido introyectando a lo largo de la vida en el transcurso del establecimiento de sus relaciones objetales (Seagal, 19XX; Kernberg, 19XX). En el mundo interno se suscitan procesos y emociones primarias, así como ansiedades y fantasías que reviven estados de desprotección, inseguridad, devaluación, temor, así como estados de omnipotencia y control.

En relación con el mundo interno, la masculinidad se caracteriza por la intolerancia, negación y repudio de las ansiedades y fantasías que colocan al sujeto en estados de desprotección, amenaza y miedo. Estas ansiedades son intolerables para el hombre concreto, el cual las niega transformándolas en fantasías de control omnipotente y proyectando aquellas en otros objetos de su vida afectiva (las mujeres, otros hombres). Consideramos que esta dimensión de mundo interno fantasmal es fundamental en el trabajo de la masculinidad. No basta con redimensionar los aspectos de tipo cognitivo, ni los de tipo conductual (roles, conductas, formas de discurso, información nueva), sino que es imperativa la revisión de los contenidos propios de ese mundo interno, con el fin de que los sujetos concretos puedan manejar las ansiedades y fantasías que tanto miedo les producen y que niegan omnipotentemente. Un hombre concreto, que se haga cargo de sus ansiedades y fantasías de impotencia y desprotección, estará en condiciones de romper con los encargos patriarcales de demostración permanente de su virilidad y de competencia con otros hombres.

Encargos y demandas de la masculinidad

Queda claro que la masculinidad es una construcción social y que los hombres no nacen sino que se hacen, variando sus manifestaciones concretas según los cánones de la cultura y el momento. La sociedad fomenta comportamientos, reprime otros y transmite ciertas convicciones sobre lo que significa ser hombre. Se crea un modelo de sujeto masculino a partir de los encargos propios de la sociedad patriarcal.

Valdés y Olavarría (1997) consideran que el núcleo de la construcción social del varón es asociar el ser varón con ser importante, porque las mujeres son menos importantes. Ser varón es ser importante, de modo que quien es varón es importante por el solo hecho de serlo y por ser varón tiene que ser importante. Para un hombre concreto, el encargo sería: “Yo soy importante” y “Debo ser importante” y “Debo cumplir con una serie de encargos”, entre los cuales, como mínimo, “*Debo ser capaz de proteger, alimentar y orientar a una mujer y a los hijos que me dé*”.

La realización concreta de esta importancia de ser hombre, deberá tomar expresiones particulares, en razón del momento, de la condición socioeconómica, de la etnia, entre otros aspectos.

Lo anterior lleva a una doble consecuencia: autocomplacencia por la posición que se ocupa y preocupación por mantenerse en ella. Todos los varones reciben ambos mensajes y los interiorizan en proporciones variables. El primero es gratificante y gratificador (soy varón), pero el segundo lo obliga y empuja a la demostración constante. Si no cumple con el Modelo Ideal de varón, si no logra ser importante, no merece ante sus propios ojos ser varón. Por eso, es necesario que demuestre que es varón en algún terreno.

Como parte importante de su formación como tal, en la masculinidad, y sobre todo en el hombre, se reprimen ciertos componentes afectivos –los más asociados con el contacto- y el interés por lo

íntimo y se fomenta todo lo que sirva para convertirse en un sujeto socialmente exitoso. Lo anterior por cuanto lo íntimo es un obstáculo para el éxito, ser “suave” estorba, aparte de que o porque es femenino.

Ello explica porqué en el grupo de amigos, la cultura masculina transmite o enseña al joven a ser agresivo, competitivo e insensible. El que un niño sea aceptado por sus coetáneos pasa por tener que desarrollar algún nivel de agresividad, en tanto que la sumisión se asocia con el peligro de feminización. No pasar por estas pruebas conllevan el peligro de ser identificado y estigmatizado con lo femenino.

Muy relacionado con lo anterior, hay necesidad de confirmar la sexualidad activa heterosexual. Se comparten las hazañas sexuales, reales o imaginarias (ver Salas, 1996)

Según Gillette y Moore (1993), la situación de los varones, desde una perspectiva del psicoanálisis jungiano, puede sintetizarse en la existencia de arquetipos, es decir, condensados en modelos ideales que trascienden los diversos modelos históricos. Los arquetipos se imponen como esquemas mentales, como mitos fundacionales que sostienen las vivencias de hombres concretos y como mandatos que todo hombre debe cumplir y que toda mujer espera que cobren vida en todos los hombres. Con las precauciones debidas, es oportuno revisarlos brevemente:

El rey: es el arquetipo central, el que ordena y fertiliza; es expresión de la fuerza. Implica el control del poder, la autoridad.

El Guerrero: alude a la agresividad, toma la ofensiva, salta a la batalla con todo el potencial; defiende y protege algo, sobre todo el territorio, implica la valentía, la decisión, la perseverancia y la lealtad (recuérdese a los Caballeros de la Mesa Redonda y al Rey Arturo).

El Mago: resuelve problemas, todo lo sabe y lo puede arreglar.; es ser “Mac Giver” en toda situación.

El amante: no solo en las dimensiones de la conquista permanente, sino en la definición de la sexualidad masculina que le da el lugar, real o imaginario, de satisfacer plenamente las necesidades eróticas y afectivas de las mujeres.

Estos arquetipos no se presentan puros, sino combinados. James Bond encarna a varios de ellos, como icono moderno. Por lo menos en Occidente, estos arquetipos se encuentran en la historia y el folclore de muchas regiones y países.

Cada hombre concreto realiza la puesta en escena de los cuatro arquetipos para realizar su masculinidad; de no lograrlo o ante la caída de uno o varios de ellos, se produce una profunda crisis de la masculinidad en ese hombre particular, con los consiguientes mecanismos de compensación de esa “masculinidad perdida”.

Además, pueden asumirse real o imaginariamente. El arquetipo del “rey” puede asumirse o como real o como imaginario, con sus consecuencias lo cual, entre otras cosas, puede aportar alguna explicación a la violencia doméstica, lo que se constituye en un claro ejemplo de la importancia de asumir lo subjetivo al momento de abordar la masculinidad y temas conexos.

Es oportuno indicar que la concreción de estos arquetipos es algo que puede verse como esperado por hombres y por mujeres; es decir, constituyen expresiones claras de la distribución que de los géneros hace la sociedad. Como ejemplo de esto, se espera que el “hombre de la casa” arregle cualquier detalle doméstico y que la mujer espere lo mismo. No es casual que la compañía “Maridos a domicilio” esté constituida solo por varones, pues son éstos los llamados a cubrir ciertas necesidades de las mujeres; la cobertura periodística de este fenómeno alude solo a las necesidades de las mujeres: un hombre no puede contratar sus servicios, porque se contrataría a un marido, escenario prohibido para aquellos hombres que o no quieren o no puedan con los mil detalles que implica el hacer “arreglos” en la casa. Surge la pregunta de si esta compañía contrataría a “una marida” y si, para ciertos menesteres, sería contratada por otras mujeres y por hombres.

La masculinidad debemos abordarla como categoría ontológica (ser) y como categoría gnoseológica o epistemológica (un concepto). Desde que existe la humanidad, pero sobre todo con la implantación del patriarcado, esta masculinidad (y feminidad) existe. Como preocupación de la ciencia o del saber en general, es más bien reciente. A los varones no les ha preocupado preguntarse por ello mismos en calidad de hombres; lo han hecho, pero en términos de especie (el hombre como especie, como ser humano).

Si se hace un breve repaso histórico de las grandes teorías, sus autores (básicamente hombres) no asumieron al hombre en cuanto tal; cuando lo hacían era en referencia a la especie como un todo. El hombre, singular y como género, fue invisibilizado.

No vamos a decir que a los hombres les disgustara esa obviedad o les incomodó no ser tratados como portadores de género. Podríamos pensar que más bien les satisfizo no atender ese tipo de cuestiones y quizá más bien los alivió y permitió continuar en la penumbra del no interrogarse acerca de ellos mismos. Los hombres no hablamos de estas cosas, no son parte de nuestro ser: o es perder el tiempo o es cosa de mujeres (que para los efectos, viene a ser lo mismo).

Batres (1999) reporta y reflexiona acerca de la respuesta que da un niño, cuando se le pregunta acerca de qué hablan los niños: “Los hombres no hablamos, jugamos!”, en clara alusión a que eso no se pregunta y, si se hace, la respuesta es que no es de hombres, es de mujeres!.

Desarrollos posteriores, diferentes tendencias, líneas teóricas.

Aún con el relativamente reciente trabajo en el tema de la masculinidad, se pueden identificar algunas líneas o tendencias teóricas y metodológicas en el trabajo con varones, algunas de las cuales, no todas, incorporan la categoría género en sus propuestas, sino que se van nutriendo de diferentes perspectivas.

Entre éstas tenemos:

- El enfoque biológico: sostiene que los rasgos masculinos son los propios de los machos de las especies animales (territorialidad, búsqueda sexual activa, masa muscular, desarrollo de la

inteligencia espacial, voluntad de dominio) (LeVay, 19xx). Estos estudios han sido cuestionados, a partir de la década de los 70, con el desarrollo de la teoría de género sensitiva.

- El enfoque de la teoría género sensitiva o profeminista: considerada la primera gran base conceptual y operativa de los trabajos en masculinidad, girando en torno a los movimientos reivindicativos de las mujeres, cuyos elementos claves lo constituyen el logro de la equidad, la visualización de la problemática del género como un aspecto de orden político y, como se indicó, el destierro de las explicaciones biológicas a procesos de orden social e histórico.
- La perspectiva conservadora: pretende la perpetuación de la masculinidad (o de las condiciones de los géneros) dentro de los límites marcados por las demandas tradicionales del patriarcado.
- La perspectiva de los “men’s rights”: derivados de los movimientos feministas, hombres y también mujeres se cuestionaron acerca de aquellos derechos (sobre todo civiles) propios de los varones.
- El enfoque de las tradiciones míticas, mitopoéticas o espirituales: acceden a la masculinidad, desde las tradiciones folclóricas o míticas de las tradiciones de los pueblos o culturas; tiene una fuerte influencia del psicoanálisis jungiano, sobre todo con sus conceptos de inconsciente colectivo y los arquetipos.
- El enfoque de la llamada “nueva masculinidad”: con la incorporación de elementos del enfoque conservador y de la tradición mitopoética, esta perspectiva tiene importante presencia en los Estados Unidos, sobre todo en torno a los planteamientos de Robert Bly y sus campamentos de fin de semana con grupos de hombres.
- La perspectiva de grupos específicos: impulsan acciones desde las necesidades de grupos o minorías (gays, étnicos, entre otros).
- La perspectiva socialista: combinada con elementos propios del marxismo, en torno a la necesidad de cambios sociales.

La lista anterior ni es exhaustiva y mezcla diferentes criterios para su elaboración, por cuanto ello puede hacerse desde enfoques teóricos, epistemológicos, de trabajo específico, por tipo de población con la cual se trabaje, entre otros. Existen otras maneras o puntos de referencia para elaborar otras maneras de apreciar esto (ver Gomáriz, 1997, Valdés y Olavarría, 1997).

Clatterbaugh, citado por Valdés y Olavarría (1990) distingue seis perspectivas en los estudios sobre masculinidad:

- Perspectiva conservadora: es natural que los hombres sean proveedores y protectores de las mujeres, y políticamente dominantes, así es la naturaleza masculina
- Perspectiva profeminista:
- Perspectiva de los *Men’s Rights* (los roles masculinos tradicionales son dañinos porque los hombres son víctimas de ellos)
- Perspectiva de la nueva masculinidad

También se hacen listados por líneas teóricas, estrictamente, entre las que se incluyen: las cognitivas conductuales, las de tradición psicoanalítica o dinámica, las sistémicas, entre otras.

Lo importante a destacar en los estudios de la masculinidad, señala Kimmel, es que se examina a los hombres en cuanto tales, ampliando, integrando los trabajos que inicialmente se hacían en torno a la situación de las mujeres. Por ello, es oportuno reiterar acerca del tránsito que estos estudios han

venido teniendo, hasta hoy día cuando son los hombres por sí mismos los sujetos y los objetos de estudio.

De manera particular se conoce de estudios de la masculinidad en América Latina, los que se han centrado en los estudios del llamado machismo, cuyos rasgos son:

- Hipersexualidad: el hombre se afirma como tal por medio del ejercicio sin freno de su sexualidad y del dominio sobre las mujeres.
- Irresponsabilidad en el rol de jefe de familia y padre proveedor.
- Posesividad respecto a la pareja.
- Padre violento, pero poderoso y admirado.
- Norman Palma (1990) plantea que los latinoamericanos venimos de una cultura que se basa en la conquista y violación. Se nace de una mujer, ser inferior, de raza inferior, que además fue violada. Esto forja una cultura de la violencia, de la violación, que se perpetúa y legitima la superioridad masculina.
- Mito de la supermadre (madre poderosa) y padre ausente (macho irresponsable) (Martín Baró, 1985).

De manera particular en Costa Rica, los estudios de la masculinidad derivan de un inicio en violencia doméstica a otros, en los cuales se abordan junto con o desde la paternidad, la sexualidad, la adolescencia, la prostitución, la problemática de los ofensores (físicos y sexuales), entre otros.

CAPÍTULO II. MASCULINIDAD, GÉNERO E IDENTIDAD

El género es un componente básico para la estructuración de la identidad, más no el único.

La identidad alude a la pregunta de quién soy, qué soy. Por ello, está conformada por una serie de componentes, estrechamente entrelazados: etnia, edad, clase social, color de la piel, nacionalidad y el género.

Para Fuller (1997), la identidad es un conjunto de representaciones del yo por el cual el sujeto comprueba que es siempre igual a sí mismo y diferente de los otros. Se fundamenta en experiencias biográficas que articulan la vida de la persona y es recreada a diario a través de la actuación cotidiana. Por tal motivo, en su conformación, intervienen las diversas instancias socializadoras en la vida de la persona desde antes de nacer.

Psicológicamente tiene la determinante función de brindar tranquilidad a la persona ante la cuestión de la mismidad; constituye aquel nivel de integración de lo individual y lo colectivo que permite que la persona no se difumine o evapore, en sus niveles subjetivos; otorga los límites, siempre precisos pero cambiantes, que permiten hablar del “yo” y de los “otros”.

Por su parte, la identidad de género es el sentimiento de pertenencia al género femenino o masculino; responde a la pregunta de “¿Qué soy y cómo me siento: hombre o mujer?”, por lo que alude, sobre todo, a experiencias o vivencias subjetivas, enraizadas en los cánones sociales, pero integrados en el mundo interno de cada cual.

La identidad de género se constituye partir de:

1. Los discursos (qué se dice y qué no se dice acerca de lo que debe ser un hombre, cómo debe comportarse, qué tiene que sentir, cómo tiene que actuar). Estos discursos se transmiten con una base emocional (afecto, caricias, aceptación, temor, miedo, culpa, vergüenza) y permiten darle sentido a la experiencia personal como varón, proporcionan un marco de referencia para entender y calificar la actuación de hombres y mujeres en la familia, el centro de trabajo, en la escuela, en los clubes sociales, en la calle, en todas nuestras relaciones sociales. Muchos discursos son contradictorios (por ejemplo: “Sea responsable, a las mujeres no se les pega ni con el pétalo de una rosa, sea fiel” con mensajes como “Acuéstese con todas las mujeres que pueda, péguete si ella no le hace caso”)
2. Las representaciones, que son como conceptos que el sujeto se forma en su cabeza, ubican la información recibida en su vida cotidiana. Son definiciones que le permiten clasificar y asignar significado a sus interacciones, conductas, de sí mismo y de los otros. Es un conjunto de significados que el sujeto elabora a partir de su propia cultura y tiempo. Estas representaciones, al igual que los discursos, son internalizadas desde la más temprana infancia.

Quizá en una diferenciación bastante conocida, mas no así asumida, conviene repasar las diferencias entre sexo, identidad sexual, identidad de género, orientación sexual y prácticas sexuales.

Sexo

Alude a los componentes de índole biológico y reproductivo; fundamentalmente, tiene que ver con el funcionamiento hormonal, la base fisiológica, la base anatómica y también el aspecto reproductivo. En el sexo están presentes aspectos más de índole pulsionales, instintivos, que la persona trae desde el nacimiento; es como una especie de programación genética.

La base biológica interviene en los procesos de maduración de las características sexuales primarias y secundarias. En el sexo interviene el aspecto gonadal, hormonal, cromosómico, estructural y genital.

Otra acepción del término sexo es cuando se le hace sinónimo del término coito, en muchas ocasiones reducido al acto de penetración.

Género

Se refiere a los aspectos psicológicos, sociales y culturales que se adjudican a las personas, básicamente, de acuerdo con su sexo. Alude a los procesos de socialización de la masculinidad y la

feminidad y a la construcción histórico social de las identidades femenina y masculina, que se llevan a cabo en hombres y en mujeres.

Bleichmar (1989) propone que la feminidad y la masculinidad aluden a una subjetividad que será la encargada de conferir al cuerpo, marcando tanto su anatomía y sus funciones como su deseo sexual, con las múltiples significaciones y fantasmas que delinear sus siluetas y comportamientos diferenciales. No se nace con una identidad de género equivalente al sexo biológico.

El género comprende tres aspectos:

- a. Atribución, asignación o rotulación: se refiere a la primera rotulación que se hace del/la recién nacido/a. Una vez que se tiene la noticia acerca del sexo de la criatura, se le da un lugar en el imaginario (en las fantasías, deseos, anhelos de sus progenitores) y un lugar en lo simbólico (significados que en la sociedad y en la cultura se le dan a ese futuro hombre o mujer).
- b. Identidad de género (núcleo de la identidad): es la convicción, en el plano de las ideas y de los sentimientos, de que se es y se pertenece a un sexo y no a otro: soy un hombre, soy una mujer. Se le llama también identidad sexual. Es una autopercepción que constituye un núcleo inalterable; no es sólo una creencia.
- c. Rol de género: concierne a las expectativas, a las conductas permitidas y prohibidas, a los comportamientos apropiados e inapropiados. Es el conjunto de expectativas acerca de los comportamientos sociales apropiados para las personas que poseen un sexo determinado. La estructura social hace esta prescripción y la presenta como propia o natural para su respectivo género. En cada cultura está pautado qué se espera de la feminidad y de la masculinidad y al sujeto se le asigna un rol de género que el o ella podrá asumir o rechazar. Por esta vía, se atribuyen roles, atribuciones y estereotipos. La cultura patriarcal ha establecido roles de género distintos y desiguales para los hombres y las mujeres, cargados de significaciones distintas.

Al respecto, (Fuller, 1997, pag. 18) sostiene que “Esta simbolización cultural de las diferencias anatómicas toma forma en un conjunto de prácticas, discursos y representaciones sociales que definen la conducta y la subjetividad de las personas en función de su sexo. A su vez producen categorías sociales: los varones y las mujeres, que ocupan lugares precisos, diferentes y jerarquizados en el ordenamiento social.”

Como ya expusimos, existen diferentes formas de identidad (étnica, de clase, nacional) , pero la identidad de género se refiere a la experiencia de nacer dentro de una categoría sexual y este es un hecho fundante en la subjetividad humana, porque tiene que ver con el cuerpo. El cuerpo es inseparable de la condición de género.

Las identidades de género expresan y legitiman además relaciones de poder. “Por el hecho de ser etiquetado como hombre o como mujer, cada sujeto es colocado dentro de una categoría social: la femenina o la masculina, a la que corresponden papeles, obligaciones, derechos, etc.” (Fuller, 1997, pág. 20). Así, la identidad masculina es una manera de vivir la sexualidad, de cumplir con roles sociales y sexuales, y además un símbolo de jerarquías sociales en el cual los varones ejercen poder sobre las mujeres. Esto asocia la masculinidad con el poder y con la autoridad.

La identidad masculina se caracteriza por la reafirmación permanente de su poder y de la demarcación de los límites de su masculinidad.

Los hombres y las mujeres internalizan los mensajes de los discursos que transmite su cultura como la verdad, y desde ahí organizan sus comportamientos, sentimientos, acciones, pensamientos, y los de los demás.

Orientación sexual

Está referida a la preferencia o elección de objeto erótico, lo cual junto con aspectos biológicos, está determinado por variables de orden social y de construcción subjetiva. De esta forma, se puede poseer una clara definición sexual, una clara identidad de género y tener como objeto de elección erótica a una persona del mismo sexo. Guarda, por tanto, relativa independencia respecto de la identidad de género.

Prácticas sexuales.

Alude a lo que las personas hacen concretamente en sus comportamientos sexuales y eróticos, coitales o no. Puede guardar relativa independencia respecto de la orientación sexual y de la identidad de género.

La combinación múltiple de los componentes mencionados, puede dar origen a diversas manifestaciones concretas de la masculinidad.

Hay mucha discusión acerca de cuál es el componente más importante en la estructuración de la identidad y se asumen posiciones desde que el género es lo más importante (Lagarde, 1990) hasta otras en las que se le da un lugar de mayor peso a otras categorías (clase social, por ejemplo).

No obstante, en lo que se refiere a la dimensión género, para los varones, ésta es determinante, y hay que diferenciarlo de lo que sucede con las mujeres. En ellos, ostentar o mantener su masculinidad, por lo menos desde estructuras subjetivas, es una cuestión vital y hay muchas situaciones que deben controlarse para que no haya problemas. De esta forma, si sucede algo que ponga en entredicho la masculinidad ponen en entredicho a la persona como tal (quién o qué soy?). Un ejemplo extremo lo constituye, en los hombres, la impotencia sexual o la sola insinuación o posibilidad de que haya algo homosexual en ellos. Para muchos es el acabose.

Esta determinación tan pesada de lo genérico en la construcción identitaria es de mayor relevancia en los hombres que en las mujeres. Es más fácil que en los hombres hayan crisis de identidad que en las mujeres, precisamente por lo restringido de las definiciones de lo masculino; hay pocas formas de ser hombre. En ellos, situaciones o circunstancias que cuestionen su condición masculina son vividas como una amenaza a su condición total o identidad completa como personas o seres integrales. Hay una mayor rigidez o un menor abanico de posibilidades de vivir la masculinidad, por lo que si esto de deteriora, se fractura el edificio completo.

De ahí que se pueda afirmar que la masculinidad, en la vida de los hombres, es un ritual permanente, pues deben mostrarla en forma constante.

En el caso de los hombres, la adquisición de su identidad pasa por el reconocimiento público de su hombría delante de los otros varones, y por el ejercicio del poder sobre la categoría femenina, rechazando todo lo que lo ubique en la condición de no ser hombre: desprecio por lo femenino en sí mismo, homofobia, etc.

La rigidez de la construcción y de la conformación de la masculinidad, entre otras cosas, hace que buena parte de las tareas del ser hombre los lleve a garantizarse que no son mujeres, con consecuencias en muchos ámbitos de sus vidas.

Se produce una permanente y sistemática devaluación de lo femenino lo que lleva a los hombres, según el esquema de análisis que hemos descrito páginas atrás, a procurar no ser mujer o como una mujer.

En este sentido, Kimmel (1997) nos plantea los tres encargos básicos de la masculinidad: no ser el hijo de mami, no ser mujer y no ser homosexual; esto último como errónea asociación con ser mujer o poseer atributos femeninos.

La devaluación de lo femenino y la demostración permanente de que no se es mujer, es resultado y condición de la conformación de la subjetividad masculina. En el desarrollo de la identidad masculina, en Occidente, inicialmente el niño se identifica por lo general, con una mujer (la madre), con la cual establece una simbiosis, una unidad (somos uno solo), al igual que las niñas. Llega un momento del desarrollo en el que niños y niñas deben iniciar un proceso de separación individuación (yo no soy ella).

Este proceso posibilita que se empiece a desarrollar una identidad individual y de género a través de la internalización de las normas de la cultura. Esto lo viven tanto niños y niñas, pero el varón pasa por un problema adicional, ya que debe superar la simbiosis original con la madre a fin de constituir una identidad independiente, definida por su cultura como masculina, de ahí que “La masculinidad implica la separación del niño de su madre y su ingreso a un estatus social definido como distinto y opuesto al de ella.” (Fuller, 1997, pag. 29).

La primera identificación del hombre es femenina; lo masculino se constituye en un segundo momento e implica la negación de la identificación original con la madre. Recuérdese la original constitución de hembra en el “feto” En la niña la constitución de la identidad de género es continua, ya que se identifica con su objeto primario de amor; en el niño en cambio, la constitución de su identidad de género viene a reemplazar la simbiosis primitiva con la madre, ya que debe identificarse con el padre o varón adulto. En esta identificación con lo masculino, pocas veces se da en un contexto de relaciones afectivas satisfactorias.

Esto lleva al hombre a lo siguiente: para identificarme con lo masculino debo alejarme de lo femenino. Según Chodorow (19XX, pag. 30), “El niño trata de negar su identificación con la madre reprimiendo lo femenino en él y devaluando y denigrando lo que considera femenino en su mundo externo”. La masculinidad, así, se construye mediante la negación de las características que se

consideran femeninas. De lo que se desprende, según la misma autora que “Debido a este desfase entre su identificación primaria y su identificación de género, los varones deben realizar grandes esfuerzos a lo largo de su vida por conservar su masculinidad despejando toda duda acerca de elementos femeninos en sus actitudes, comportamientos, roles o apariencia física” (ibid).

De ahí que en el devenir del hombre concreto como sujeto, el niño debe renunciar a la identificación primaria con su madre reemplazándola por el padre como objeto de identificación. (Bleichmar, 19XX; Chodorow, 19XX). La identificación con ese tercero, que no es su madre, y que es poseedor de las fuentes de identificación masculina, no puede desligarse del componente simbólico, de los significados que la cultura patriarcal occidental asigna a ese ideal masculino. Lo masculino es considerado como la fuente de valoración social y del poder, como la fuente que legitima y da un lugar en las estructuras de poder y dominación, y lo femenino es considerado como significado de no poder y de devaluación social.

Por ello en un análisis de la estructura subjetiva de los varones, podemos considerar que el niño debe renunciar a la identidad con su madre, reemplazándola por el padre como objeto de identificación, ya que luego de despegarse de su madre, el muchacho llega a verla como alguien que lo infantiliza. Por eso repudiar a la madre y a lo femenino es un indicador de la adquisición de la identidad de género masculino. A su vez, este proceso tiene tres consecuencias:

- Retira lejos a su madre real .
- Suprime los rasgos de su madre en sí mismo. Tiene que demostrar permanentemente que no posee los rasgos de su madre, los rasgos de su feminidad. De ahí que la identidad masculina nace de la renuncia a lo femenino. Esto la deja tenue y frágil.
- Tiene que devaluar a todas las demás mujeres por encarnar ellas aquellos rasgos que no se permite de sí mismo.

En un interesante análisis, Gilmore (1990) aporta que, en casi todas las sociedades, la hombría debe ser alcanzada a través de pruebas o ritos, muchos de ellos asociados con el honor y la virilidad. Ello se refiere al valor que tiene una persona para sí mismo y para la sociedad. En el caso de la sociedad patriarcal, el honor de un hombre está ligado a demostración de su virilidad. Todo hombre debe cuidar su honor y su virilidad. La sociedad establece algunas situaciones que supuestamente hacen perder el honor a un hombre, ante las cuales debe sentir vergüenza. Lo que todo hombre desea es que se reconozca su honor y su virilidad.

Algunas situaciones que ponen en entredicho el honor y la virilidad son:

- Ser considerado afeminado
- Que su mujer le sea infiel
- Impureza sexual de su madre, esposa, hijas, hermanas, y no la suya propia.

Cada sociedad y cada cultura establece cuáles son los parámetros que definen el honor, la virilidad, el reconocimiento público de un verdadero hombre. Esto varía de una clase a otra, de una etnia a otra. Algunas demandas constantes en ese sentido son aquellas relacionadas con: sea fuerte, autocontrolado y valiente, sea heterosexual.

En la experiencia de trabajo con hombres costarricenses, de diferentes edades y condiciones sociales, nos hemos encontrado con las siguientes amenazas al honor masculino: la infidelidad de la compañera, ganar menos que ella, no ser atendido debidamente por la compañera u otras personas, no ser obedecido, “padecer” de impotencia, sentirse “gobernado” por la compañera, perder el control del tiempo y del espacio de la mujer, entre otros.

CAPÍTULO III.

LA MASCULINIDAD Y SUS CONSECUENCIAS.

Esto hay que verlo con consecuencias tanto en hombres como en mujeres y en otros grupos sociales.

La preocupación por el género y por la feminidad y por la condición de las mujeres, desde las mujeres, es algo de larga data. Se lo plantearon y sobre ello vienen actuando, en una lucha cuyas raíces están mucho más atrás de los movimientos feministas de los años 60 y 70, en los Estados Unidos y Europa.

En ese sentido, la historia oficial –con mucha perspectiva de los varones- no ha incluido una serie de importantes acontecimientos de esa lucha de las mujeres. En Costa Rica, tampoco ha habido excepción y tenemos, entonces, que muchas de las peleas que dieron las mujeres, a principios del siglo pasado, no solo por reivindicaciones de ellas, sino por conquistas sociales generales, no han sido recogidas debidamente por la historia, hasta hace muy poco tiempo.

Desde ese ángulo de visión, los problemas y adversidades de las mujeres, las ha llevado a cuestionarse el por qué de ello y a ofrecer respuestas -preguntas y opciones claves del feminismo-. Sin duda, aspecto que será discutido más adelante, si bien hay mucho camino por recorrer, las mujeres ya lo iniciaron desde hace un buen rato.

Tal panorama no se puede apreciar de la misma manera en los hombres. Es decir, las consecuencias en sus vidas, derivadas de los procesos de socialización vividos, todavía no han provocado el suficiente remezón como para que las preguntas afloren, por lo menos para la mayoría de la población. De esta manera, vacíos o inconsistencias en áreas vitales tales como el afecto, la sexualidad, la vida laboral, la salud, la mortalidad, la vida en pareja y familiar, la paternidad, entre otras, no son todavía objeto de mayor preocupación para el grueso de la población masculina. Aún con evidencias de efectos negativos en muchas de ellas, la misma socialización masculina ha implantado mecanismos que impiden ver lo que está sucediendo: o se ven y no se atienden o del todo no se ven. De todos, al decir de la sabiduría popular, “No hay peor sordo que el que no quiere oír”.

Ya varios autores, vienen planteando esto de manera cada vez más insistente. Traemos a colación las palabras de Rivera-Medina (1991), quien nos ofrece la visión de una vida de los hombres, en la cual junto con el poder, y los privilegios que brinda, para muchos hombres, el modo de vida patriarcal, también impone penurias. El problema, agregamos nosotros, es que de tal doble condición, los

varones nos hemos empeñado en ver y oír a la primera y hemos desatendido a la segunda. El problema, es que, como muchas cosas de la vida, la presión por algún lado tiene que salir y no siempre de la forma que más nos gusta.

Por lo menos para el caso de Costa Rica, en el reciente reporte que los autores hicieron al VII Informe del estado de la Nación (ver Campos y Salas, 2001), se pueden encontrar datos generales y particulares de la situación de los hombres que deben llamar no solo a la reflexión sino, sobre todo, a la toma de medidas inmediatas, incluyendo la promulgación de una serie de medidas y de políticas públicas que ofrezcan alternativas de acción para situaciones apremiantes. Esto por cuanto, las problemáticas indicadas, están teniendo severas implicaciones para los hombres mismos y para otros grupos que les son cercanos.

Este tema será tratado en detalle en otro trabajo que se presentará en este mismo Encuentro, por lo que aquí únicamente se señalará que mucho de lo que está sucediendo es una clara implicación de la forma de vida que los hombres desempeñamos en forma usual.

Retomando la idea inicial de esta Sección, ciertas preguntas en los hombres no caben: no tenemos problemas y, por lo tanto, no hay nada que deba cambiar. Esta ha sido la posición frente a los cuestionamientos de las mujeres y sigue siendo, en buena medida, frente a los que ya algunos hombres empiezan a formular.

Esto puede obedecer, en mucho, a que ingresar o acceder a ese tipo de interrogantes no es de hombres, en la medida en que hay cosas más importantes por las cuales preocuparse. Pero no solo en el plano político sino también en el intersubjetivo. Literalmente, para muchos hombres con los que hacemos trabajo de reflexión y lo cual es de escucha general en las conversaciones casuales, “¡Eso es problema de las viejas!”.

Otra de las argumentaciones que nos parecen relevantes está relacionada con lo que Kimmel (1997) denomina como la “masculinidad hegemónica o dominante”, según nuestro entender. De este concepto se deriva la pregunta, entre otras, acerca de si es de masculinidad o de masculinidades de lo que debemos hablar; en nuestro trabajo y desde nuestra concepción, preferimos en plural.

Esta masculinidad hegemónica o dominante es la propia y tradicional del patriarcado que implanta en hombres y en mujeres, buscando perpetuarnos en sus preceptos y con ello perpetuar también otras bases de su modelo de vida. Por ello, es la imagen de masculinidad de los hombres que controlan el poder. Se trata de un hombre en el poder, con poder y de poder, con consecuencias para quienes no la poseen u ostentan. El asunto se complica porque, tal y como lo vemos, también tiene consecuencias para quienes la detentan.

En esta misma línea de análisis, Goffman (1963) señala la existencia de un prototipo de virilidad, según el cual, un varón completo debe ser:

- joven
- casado
- blanco
- urbano
- heterosexual
- de educación universitaria

- padre
- de buen aspecto, peso y altura
- poseer records recientes en deportes

Con sus variantes específicas, obedeciendo a determinantes culturales y socioeconómicas, podemos hablar de la masculinidad dominante en Costa Rica y en Centro América, cuyas características y variantes básicas, esperamos dilucidar en este Encuentro.

Las consecuencias de esta forma de ser hombres, impregnan las relaciones de poder, la división de lo público y lo privado, entre otras, afectando a ambos géneros. Dos ejemplos lo constituyen la homofobia, omnipresente en la vida de la mayoría de los hombres, y la necesidad de estar en permanente competencia, no importa el terreno en el que estemos.

Pero, qué sucede con esto para la vida de los hombres, es una pregunta muy poco trabajada por éstos, tanto desde el mundo de la academia como el de la vida cotidiana. La respuesta típica es “No pasa nada”. Por vivir “sin problemas”, los hombres tenemos muchos problemas, con un agravante: nos creemos esa falacia.

Es cuestión de revisar muchos aspectos de la vida de los hombres (y de las mujeres) para ver esas consecuencias: en lo íntimo, en lo privado, en los afectos, en el manejo de la vida afectiva, su salud, la forma de asumir el trabajo, o la diversión, su sexualidad, la paternidad, etc.

No hay ni políticas públicas ni preocupaciones privadas por la masculinidad y la condición de vida de los hombres. Se trata de un aspecto invisibilizado. Aún con todas las luchas, las mujeres todavía tienen pendiente la consecución de muchas metas; ello, apenas inicia para los hombres para quienes el logro todavía no se vislumbra como meta. A manera de ejemplo, si las mujeres todavía no logran consolidar la visión de género en nuestro sistema de salud, por ejemplo, tal cosa es aún inimaginable para los varones. Si atender y promocionar su salud no es imperativo para los hombres, mucho menos lo es que sea con perspectiva de género, por medio de la cual muchos ámbitos de sus vidas se abordarían de manera diferente.

CAPÍTULO IV

¿CRISIS DE LA MASCULINIDAD? ¿CÓMO ENTRAR AL NUEVO MILENIO CON ELLA?

Independientemente de los grandes determinantes de los acontecimientos que hoy día ponen de nuevo en primera plana a uno de los países más pobres del mundo, lo cierto es que éste ve como la historia se sigue escribiendo de la misma forma, aunque a veces nos parezca increíble.

Aun con el avance de la humanidad en la declaración de los derechos humanos y otros más particulares, con el logro de una serie de lugares en la sociedad por parte de las mujeres, con el avance en las comunicaciones mundiales inmediatas, entre otros, parece que en Afganistán el patriarcado, de manera incontrovertible, nos dice que todavía sigue muy en pie. A pesar de todas las luchas, las mujeres en ese país siguen siendo tratadas casi como cosas. Sobra aclarar que, con menos crudeza e impacto, muchas otras sociedades presencian situaciones cuya raíz es la misma de lo que acontece en Afganistán

Es cierto también que en las luchas internas de ese país o nación, con la intervención de los otros grandes, de lo que menos se han preocupado es de las condiciones infrahumanas en las que viven sus mujeres¹. En un reciente reportaje periodístico, una médica afgana, integrante de la Alianza del Norte, manifestaba su escepticismo respecto de si la condición de las mujeres mejoraría con la salida del poder del régimen talibán.

Con base en lo anterior y sin exageraciones o fundamentalismos, es posible encontrarse con muchos talibanes fuera de Afganistán, quizá no con la misma apariencia pero sí con la misma esencia del sistema de ideas que lo sostiene.

Esta tangencial referencia nos lleva a cuestionarnos si, entonces, el patriarcado y la masculinidad por éste definida, siguen sólidas y firmes. En otros términos, ¿podemos hablar de crisis en el modelo del patriarcado y en la masculinidad?

Consideramos que es necesario discutir esto y no salir por el trillo de las respuestas fáciles, cajoneras o ambiguas. El patriarcado está cuestionado y creemos que algunos de sus fundamentos pueden estar en crisis. Curiosamente, es con el capitalismo, que requería sacar del ámbito doméstico la mano de obra, que se ponen las bases para ese cuestionamiento. Primero sacó a los hombres, luego a los niños y niñas y, finalmente, también colocó a las mujeres en el trabajo fuera del ámbito doméstico. Es decir, juntó a hombres y mujeres en el ámbito público. No se van a discutir los desiguales términos de tal condición, de lo que se trata es de llamar la atención en cuanto a que, objetivamente, el hombre vio a la mujer muy cerca en el desempeño de tareas laborales.

Hoy día, todavía muchos hombres (padres, esposos o hermanos) no toleran que “sus” mujeres trabajen fuera de la casa; primero porque ellas son o pertenecen a la casa y, segundo, porque ellos son los llamados a mantenerlas, como parte de la definición de lo que es ser un hombre “de verdad”. Hoy día, muchas estudiantes universitarias, reciben el mensaje de que se preparen como profesionales “por si el marido las deja”.

Creemos que la crisis se puede estar gestando en virtud del socavamiento de las principales bases y debilitamiento de los ejes principales (poder, control, violencia) en el patriarcado; en este caso, no solo objetivas sino sobre todo las subjetivas. Ahora bien, cuál es la intensidad del remezón, es algo que debemos todavía analizar con mayor detenimiento. Ello por cuanto, por otro lado, se podría argumentar que se cuenta con indicios de que ese patriarcado no está en crisis y tampoco la masculinidad; o, si lo están no es para el grueso de mujeres y, menos de hombres y que, por lo tanto, lo es solo para algunos grupos todavía focalizados.

¹ Idea que tomamos prestada de la colega Mirta González.

Planteada la discusión y dejando abierta su asunción, lo cierto es que ahora se le hacen otras demandas al varón:

- Las mujeres, además, trabajan fuera de la casa y ya no les se necesita solamente como proveedores
- Las mujeres han entrado exitosamente al mundo “masculino” (aunque ya pagando algunos de sus costos)
- Ya muchas mujeres no se dejan controlar
- Los privilegios considerados como “naturales” del varón, son cuestionados y visualizados como delitos o abusos (violencia, acoso)
- Ahora se espera del hombre que sea sensible, que exprese sentimientos, que sepa escuchar y tolerar.
- Ya no se necesita al hombre como proveedor
- Ya no se necesita al varón para fecundar, por lo menos para ciertos sectores de la población
- Hay una mayor aceptación social de la diversidad sexual en los hombres
- Ahora se le pide al empresario que tenga “inteligencia emocional”

Estas demandas algo tienen que haber calado en la vida de los hombres, objetiva y subjetivamente. Considerando esto, creemos necesario preguntarnos acerca de si el molde de fabricación sigue siendo el mismo, con algunos retoques (ahora se ve bien que los hombres de vez en cuando lloren en público o que hagan oficios domésticos, porque hace más atractiva la masculinidad); las demandas sociales no son las mismas (se espera al mismo hombre hegemónico, exitoso, que encarne los arquetipos, etc, pero a la vez se le pide que sea sensible, que tenga inteligencia emocional, etc). La gran cuestión es si esto pone en crisis a los hombres, o por lo menos, a algunos de ellos y si es posible que lo haga con el HOMBRE como modelo o imagen ideal de lo que debe ser.

Es claro que la masculinidad hegemónica se construye sobre la base de una sociedad patriarcal y sobre una feminidad basada en la sumisión y sometimiento al hombre. Es claro también que muchas mujeres han venido cuestionando tal estado de cosas a esa sociedad y han colocado a la feminidad hegemónica en el banquillo de los acusados. De nuevo, la interrogante que surge es si ya el sistema ha entrado en crisis. Como propuesta de discusión, creemos que, si junto con las mujeres, los hombres interrogamos a la feminidad y a la masculinidad que tenemos incorporadas, es muy probable que la crisis se pueda manifestar de manera más franca. Nunca sobra recordar que estamos en un sistema de vida social que data de más de 7.000 años.

Se entra al nuevo milenio con bases de la feminidad, la masculinidad y el patriarcado cuestionados o debilitados, al menos, en algunos rincones del mundo; en otros, las preguntas todavía no se han suscitado o bien se han generado de manera tímida. En el caso de los hombres, muchos de sus puntos de referencia, desde la masculinidad dominante, se han deteriorado y su principales ejes, los de ser proveedor y tener el control, están sucumbiendo ante el mercado y la globalización. Cómo sostener ese lugar cuando los pilares socioeconómicos –objetivos- están haciendo zozobrar los internos –subjetivos-? En el caso de Costa Rica, basta con darle una mirada a los datos que viene ofreciendo las ediciones del Informe del Estado de la Nación, en particular el último.

Por ello, hay que empujar para hacer la crisis o que ésta se manifieste plenamente. Es necesario visualizar la crisis como posibilidad y como opción de cambio positivo, solo que hay que gestionarla en conjunto y con todas las edades y grupos.

CAPÍTULO V

¿ES NECESARIO O IMPORTANTE TRABAJAR CON VARONES?

Esta reflexión la empatamos directamente con la esbozada en el capítulo anterior. La agudización de problemas sociales está a la vuelta de la esquina y la experiencia nos ha mostrado que en estas condiciones, la situación de los varones tiende a agudizarse por consecuencia.

El panorama que es posible observar en situaciones sociales extremas, tales como desastres, jubilación, recesión económica, desempleo, migraciones forzadas, para citar solo algunas, nos muestran hombres con serios problemas y, entre ellos, el tornarse más violentos con otras y otros y consigo mismos (desde suicidio hasta infarto, pasando por el alcohol y los accidentes de tránsito). Desde esa perspectiva, creemos que el nuevo milenio no augura cosas buenas para esa masculinidad.

Este panorama, en nuestro criterio, nos lleva a una peligrosa paradoja: mantener el estado de cosas para que los hombres y otros no sufran también, o cambiar las cosas, incluyendo la masculinidad y la femineidad. Preferimos esta última, notificados que no será fácil y que si se desea en realidad el cambio no será posible saliendo “limpios” del proceso. Por eso, hay que hacer crisis, de la cual podemos resurgir renovados y fortalecidos.

Por lo anterior, no nos cabe duda de que sí es importante trabajar con los hombres y con la masculinidad que llevan a cuestras, para procurar con ello no solo cambios para sí mismos sino también para otras personas.

En ese sentido, se tornan necesarias políticas claras en diversas áreas: salud, paternidad, accidentes de tránsito o violencia en general.

Por ejemplo, se requiere continuar con el trabajo en violencia doméstica o con paternidad, en virtud de que se trata de situaciones que, necesariamente, pasan por el tratamiento de la masculinidad y el trabajo con hombres, en la medida que están atravesadas por esa masculinidad.

Consideramos que, además de lo señalado, hay una buena cuota de tareas pendientes a las que se debe prestar atención y acción de inmediato. Entre ellas:

1. La necesidad de establecer y definir políticas públicas que posibiliten la atención de problemáticas y situaciones que se derivan de la vivencia y el ejercicio de la masculinidad hegemónica:
 - Sistemas de atención en salud desde una perspectiva de género masculino, en torno a las áreas de mayor morbilidad y morbimortalidad de los hombres

- Sistemas de tratamiento psicológico en el ámbito público dirigidos a hombres que presenten problemas de conducta violenta, de poder y control hacia sus parejas.
- Sistemas de educación formal y no formal dirigidos a hombres de diversas edades, destinados a la creación y fomento de valores no patriarcales (de respeto a los derechos humanos, tolerancia a la diversidad, equidad, manejo pacífico y constructivo de conflictos) en las relaciones de pareja y familia. En este aspecto, destacan áreas como la paternidad, la democracia de género en la pareja, la familia y el trabajo.
- Legislación que sirva de marco y contexto al impulso de programas y proyectos de atención dirigidos a la población masculina

2. La necesidad de llevar a cabo un trabajo de base con los hombres de la región. Bien sabemos que el trabajo con hombres requiere de metodologías específicas y particulares. No basta que se definan políticas públicas, leyes, investigaciones o decretos. El trabajo con hombres, en pro de la construcción de una masculinidad alternativa, supone un trabajo de base minucioso, persistente, paciente, que se adapte a las características propias de los hombres. Esto supone la creación y apertura de espacios formales e informales en donde los hombres tengan la oportunidad de revisar y analizar entre sí sus procesos de socialización, sus vivencias cotidianas, los encargos de la masculinidad hegemónica y los costos emocionales y sociales que todo esto conlleva en sus vidas. Esto implica la apertura de espacios como talleres, grupos de reflexión, grupos terapéuticos; tanto en el ámbito comunitario como en el institucional, en torno a temáticas y áreas como las siguientes:

- Protección y cuidado del medio ambiente
- Producción agropecuaria
- Cooperativismo
- Relaciones laborales en el ámbito público
- Relaciones familiares y de pareja
- Violencia social e intrafamiliar
- Salud y atención médica en áreas sensibles (urología, sexualidad, cardiología)
- Riesgo y prevención de accidentes laborales y de tránsito
- Desastres y otras situaciones de crisis
- Paternidad responsable
- Trabajo con población masculina infantil y adolescente, en torno a la construcción de la masculinidad y sus implicaciones.
- Políticas de recreación para hombres, que sean alternativas al consumo de alcohol y las imperantes socialmente
- Trabajo con hombres en el aspecto laboral: salud, jubilación, uso del tiempo libre y del ocio.
- Trabajo con grupos mayoritariamente constituidos por varones: policías, choferes, grupos profesionales, agricultores.
- Se hace necesario el trabajo de masculinidad con grupos de mujeres.

Consideramos imprescindible que los varones nos preguntemos por nosotros mismos aun cuando para muchos se trate de una “pregunta estúpida”: “Cómo, que cómo nos hacemos hombres?”, fue la reacción de un hombre en uno de los talleres que realizamos.

La tarea está pendiente, pues por tratar de ser muy machos no hemos tenido tiempo de ser hombres (o personas).

BIBLIOGRAFÍA

- Batres, G. (1999). El lado oscuro de la masculinidad. Tratamiento para ofensores. San José, Costa Rica: Publicación del Instituto Latinoamericano para la Prevención y Tratamiento del Delincuente, con la cooperación de la Embajada Real de los Países Bajos.
- Berger y Luckmann (1976). La construcción social de la realidad. Buenos Aires, Argentina: Editorial Amorrortu.
- Bleichmar, E. (1989). El feminismo espontáneo de la historia. México, D.F.: Distribuciones Fontamara S.A.
- Campos, A. y Salas, J.M. (2001) La masculinidad en Costa Rica. En: VII Informe del Estado de la Nación. San José, Costa Rica: Publicación de CONARE, xx y la Embajada de Holanda.
- Connell, R.W. (1997). La organización social de la masculinidad. En: Valdés, T. y Olavarría, J. (Editores). Masculinidad/es. Poder y Crisis. Santiago, Chile: Ediciones de las Mujeres No. 24.
- Engels, F. (1975). El origen de la familia, la propiedad privada y el estado. Moscú: Editorial Progreso.
- Fuller, N. (1997) IDENTIDADES MASCULINAS
- Gomáriz, E. (1997). Introducción a los estudios sobre masculinidad. San José, Costa Rica: Publicación del Centro Nacional para el Desarrollo de la Mujer y la Familia.
- Kernberg, O. El psicoanálisis y la teoría de las relaciones objetales.
- Kaufman, M. (1989). Hombres: placer, poder y cambio. Santo Domingo, República Dominicana: Edición del CIPAF (Centro de Investigación para la acción femenina).
- Kaufman, M. (1997). Las experiencias contradictorias del poder entre los hombres. En: Valdés, T. y Olavarría, J. (Editores). Masculinidad/es. Poder y Crisis. Santiago, Chile: Ediciones de las Mujeres No. 24.

Kimmel, M. (1997). Homofobia, temor, vergüenza y silencio en la identidad masculina. En: Valdés, T. y Olavarría, J. (Editores). Masculinidad/es. Poder y Crisis. Santiago, Chile: Ediciones de las Mujeres No. 24.

Lagarde, M. (1990). Cautiverios de las mujeres: madresposas, monjas, putas, presas y locas. México, D.F.: Coordinación General de Estudios de Posgrado, Colección Posgrado, UNAM.

Lerner, D. La creación del patriarcado.

Márquez, J. V. (1997). Varón y Patriarcado. En: Valdés, T. y Olavarría, J. (Editores). Masculinidad/es. Poder y Crisis. Santiago, Chile: Ediciones de las Mujeres No. 24.

Martín-Baró, Ignacio (1985). Acción e ideología. Psicología social desde Centroamérica. San Salvador, El Salvador: UCA Editores.

Palma, N. (1990).

Rodríguez, M. y Salas, J.M. (1991). Poder y Violencia: la perspectiva masculina en relación con la violencia en general y la doméstica en particular. En: Revista Costarricense de Psicología, No. 19, junio-diciembre. San José, Costa Rica: Publicación del Colegio Profesional de Psicólogos

Sagrera El mito de la maternidad en la lucha contra el patriarcado

Salas, J.M. (19XX). La mentira en la construcción de la masculinidad. En: Revista Costarricense de Psicología, Año 12, No. 24, mayo-agosto. San José, Costa Rica: Publicación del Colegio Profesional de Psicólogos

Seagal, H. Introducción a la obra de Melanie Klein.

Valdés, T. y Olavarría, J. Introducción. En: Valdés, T. y Olavarría, J. (Editores). Masculinidad/es. Poder y Crisis. Santiago, Chile: Ediciones de las Mujeres No. 24.